

Alarmantemente algo no iba bien. Supuestamente el avance tenía que resultar casi un paseo tras el intenso martilleo de proyectiles a las líneas enemigas durante toda la semana.

Muy al contrario, la desesperación descarnada de la evidencia de estar atrapados en una vorágine de muerte disparaba las pulsaciones de los pocos cuyo corazón no había dejado de palpar.

Las alambradas de púas enemigas ni mucho menos estaban completamente maltrechas por el fuego de artillería, y el avance resultaba azaroso, cuando no imposible. Para colmo, el traqueteo ominoso de las ametralladoras en aquella pegajosa mañana de verano se empeñaba en hacer blanco en los compañeros de frente que se movían penosamente cargados con treinta y cinco kilos en sus mochilas, y algunos, además, maldecían la dudosa obligación de tener que arrastrar piezas de artillería ligera.

Aquello era una trampa mortal, y la mañana de angustia solo pudo aliviarse cuando los afortunados sobrevivientes pudieron regresar al abrigo de la trinchera de la que habían partido al alba.

– ¡Vaya historia prosaica de hombres nos estás contando, Ingolmo! – dijo Lossë, la joven niña elfa sentada a primera fila en la Sala de los Leños en Mar Vanwa Tyaliéva – Vale con que no nos cuentes por enésima vez historias de la primera edad que ya nos sabemos de memoria. Aunque no me importaría oír de nuevo la de Beren y Lúthien, que es mi favorita. Puestos a contar historias de Hombres, si no la de Beren, por lo menos cuéntanos la de Eldarion y su lucha contra los nuevos adoradores de Morgoth en la cuarta edad, en lugar de batallas tan innobles de la séptima edad con el empleo de mecanismos tan poco épicos como proyectiles, granadas y fusiles de asalto.

– Hasta tu bisabuelo Ilverin tenía más paciencia que tú, jovencilla Lossë. Este cuento es más trascendente de lo que piensas, sin embargo, como parece menospreciar los relatos protagonizados por hombres, salvo el de Beren, que seguramente te gusta porque en tiempos de la visita de Eriol se contaba como perteneciente a la estirpe de los quendi, el cuento de mañana versará de un héroe elfo que salvó a nuestra raza de la extinción.

Alvin y el extraño de la taberna habían congeniado a la primera, tal y como dos almas afines se reconocen en los ambientes menos proclives a ser frecuentados por cada una de ellas. Un tugurio alborotado de payeses analfabetos y prostitutas rancias y poco agraciadas era el único atractivo que animaba un callejón que desembocaba en la plaza del mercado. Haber vendido todas las alforjas de grano, bien se merecía la recompensa de una buena pinta, sin más pretensiones de homenaje, pues las mujeres del local no inspiraban otra cosa que deprimente patetismo.

El extraño desentonaba como un cortesano en un lagar, no ya por sus atuendos nada aldeanos, sino porque estaba leyendo un tomo que resultó ser una copia del “Sir Gawain and the Green Knight”. Alvin era una “rara avis” entre los labriegos de la comarca, pues su padre había puesto un empeño colosal en enseñarle a leer, del mismo modo que su abuelo había hecho con su padre, y así sucesivamente unas cuantas generaciones que se remontaban a un tal Heorrenda, a quien debían el tesoro familiar de una serie de manuscritos estrambóticos salidos de una mente calenturienta, que pretendía suponer que le habían sido dictados en un país de habitantes poco convencionales, llamado Luthany.

Pero a Alvin le fascinaban los relatos fantásticos, y conocía el “Sir Gawain”, pues el abad de la abadía de Bordesley, le debía algunos favores, que él se cobraba en forma de préstamo disponiendo a elección del surtido repertorio de la biblioteca de los monjes cistercienses. En cuanto a los escritos de su ancestro, lejos de disgustarle o aburrirle, se los sabía prácticamente de memoria de tanto haberlos leído de pequeño con su padre, y de tanto haberlos contado de mayor a su esposa y a su jovenzuelo Alwin en largas y desangeladas tardes de invierno, junto al fuego de leña.

No le fue por ello complicado entablar conversación con William, pues así tenía por nombre el parroquiano, y no tardó en llamarle Bill con la misma familiaridad con la que Bill le llamaba a él Al.

Bill resultó ser un joven originario de Malvern Hills, en los lindes de Herefordshire, a una jornada de Redditch, donde asuntos relacionados con la abadía, le habían traído hasta allí. Charlaron amigablemente de relatos artúricos, del exilio de Isabel, madre del rey, en la fortaleza de Hereford, y liberaron su imaginación para conjeturar sobre el incierto destino de la IX Legión romana en una Inglaterra perdida en la antigüedad y las sombras. Sin embargo en otoño los días menguaban con rapidez, y Al no tardó en ofrecerle su casa para que Bill pasara la noche, y así eventualmente, tener la oportunidad de prolongar la agradable velada y quizá contarle alguno de los cuentos que en su familia habían pasado de padres a hijos.

Toda la paleta de ocres, calabazas y naranjas besaban los pasos que llevaban de Redditch a su morada en Oakenshaw bajo la mirada vigilante de las hayas que flanqueaban el serpenteante sendero. Los dos caminantes y el poney disfrutaron en silencio del chasquido de las hojas secas a su paso y de la paz que inspiraba el anciano bosque de hayas. No tardaron en divisar una ondulante columna de humo por encima de las desnudas copas, que anunciaba la proximidad de un caldo caliente y el merecido recogimiento al fuego de un confortable hogar.

La velada transcurrió feliz, sazónada con el sabroso guiso de conejo que Brit había servido, y amenizada con las canciones que habían precedido a la retirada de Alwin y su madre a sus aposentos. Al prolongó la madrugada intemporal con uno de sus cuentos favoritos, aquel que hablaba de una fortaleza en lo alto de una colina que se alzaba en medio de un valle escondido circundado de agrestes montañas...

– ¡Vístete inmediatamente! Se te requiere con urgencia en Tavrobel

El tono había sido conminativo, sin resquicio por el que filtrar alegación, pregunta o excusa alguna. En la transición forzada de escapar con diligencia a la caricia del regazo de Lorien, apenas una pregunta fue capaz de transportarle al estado de vigilia, ¿A Tavrobel? Eso sólo podía significar que Gilfanon, el más sabio y viejo habitante de Tol Eressëa le quería ver. Y eso, por extremadamente inhabitual, significaba que algo grave debía suceder.

Fuinur se calzó las botas negras de media caña, se pasó por la cabeza la túnica blanca con bordados de hilo de plata y, con un gesto automatizado ejecutado con la precisión que sólo la rutina es capaz de alcanzar, se colocó sobre sus hombros su manto gris y partió raudo a las caballerizas.

A lomos desnudos de Greyfox, un esbelto palafreñ de la raza de los mearas, cruzó como una exhalación los verdes campos que mediaban entre Kortirion, en el centro de la isla, y Tavrobel, donde se erigía, monumental, la inmensa biblioteca, a la vez que residencia de Gilfanon

El maestro lo recibió con los hombros ligeramente caídos, no tanto por el peso de los años, como por la pesadumbre que denotaba su mirada.

– ¿Recuerdas a Eriol?– Le espetó de improviso.

– Era muy joven entonces, pero sí, el marinero al que Ulmo permitió alcanzar las blancas costas.

– Y a cuya estirpe nunca debimos permitir que partiera de regreso a las costas de hierro sin protección o escolta nuestra.

– Maestro, ¿Cómo hubiéramos podido proteger a un vástago de Eriol? Los elfos hemos menguado, y desde épocas no hemos interferido en los asuntos de los Hombres. Suyo es el mundo que de nosotros heredaron.

– Pues tú eres el elegido para encontrarle. Es preciso. Nuestro legado está en peligro, en grave peligro.

– ¿Cómo va a ser posible? No guardamos rastro de lo que pudo pasar con sus descendientes, ni de su eventual paradero.

– El rastro ha sido desvelado. Sabemos dónde encontrar al heredero de Heorrenda.

Gilfanon aprovechó la inmovilidad con la que el estupor tenía sumido a Fuinur para acercarle una

copia de unos manuscritos.

– Algo más que el remordimiento por las condiciones de aquella partida, y algo más que la voluntad de tener alimentada esta biblioteca, me llevaron a estructurar una red de vigilancia que nos proporciona noticias y escritos de lo que hacen los Firimar en su Arda heredada. Esto me ha sido entregado recientemente.

Se trataba de un poema narrativo en versos aliterados sin rima titulado “Piers Plowman”, que traducido del Oestron sería algo así como “Pedro el Labrador” de un tal William Langland.

– Lee su inicio – le ordenó Gilfanon

Fuinur leyó en voz alta como en un lugar llamado Malvern Hills, un hombre llamado Will cae dormido y tiene una visión de una torre situada en la cima de una colina situada en un amplio valle profundo.

– ¡Gondolin! – exclamó Fuinur, preso de un gran sobresalto.– ¡Ese William Langland es el descendiente de Eriol!

– No. El descendiente de Eriol es Pedro el Labrador. En la obra, el humilde labrador se ofrece al narrador como guía hacia La Verdad, y el narrador es el mismo William que escribe en primera persona. ¿Te das cuenta? Langland verbaliza en el inicio de su libro la experiencia personal de haberle sido revelada de primera mano “La Caída de Gondolin” la bella ciudad de los siete nombres en la que nació Eärendil, padre del Elrond, el medioelfo citado en los acontecimientos de la “Guerra del Anillo” ¡Debes encontrar a Pedro y salvaguardar los escritos, ahora que tenemos oportunidad! Una vez que el rastro ha sido revelado, también la Sombra se cernirá sobre su pista para borrar para siempre en la Humanidad la memoria de los elfos.

Fuinur se había decantado por deambular por la villa de Oxford en su desamparada misión de encontrar un hilo de Ariadna del cual tirar, con la peregrina idea que al otro cabo del hilo encontraría indesligablemente maniatado a un labriego culto.

No había partido alocadamente de Tavrobel hacia el vacío de la ignorancia más hueca. Esa fue la segunda de las preocupaciones a resolver con antelación, por lo que tomó la copia del manuscrito que le entregó Gilfanon y se dedicó a estudiarlo.

Pero la pregunta que perturbaba insistentemente su espíritu era ¿qué podía hacer un elfo en aquella época de un mundo definitivamente humano? Apenas podría interactuar con él. Ciertamente Gilfanon le había recordado como Uinen, a instancias de Ulmo, había desanclado las raíces de Tol Eressëa y desplazado la isla muy hacia el este. Tol Eressëa y Luthany eran la misma isla, y en el presente, los hombres que la habitaban la denominaban Inglaterra. Eso facilitaba el tema de los desplazamientos; pero aun así, el tiempo había hecho que el fuego del espíritu de los elfos los consumiera y apenas su presencia se limitaba, a ojos de los hombres, a una ondulación etérea, a un soplo cálido, a un silencio expectante. En la remota probabilidad de que acabara localizando al heredero de Eriol, ¿qué podría hacer para protegerle? ¿cómo podría garantizar que los valiosos escritos no se perdieran irremediabilmente para la herencia de los hombres y para el destierro de los primeros nacidos de la memoria del mundo? Por toda respuesta, Gilfanon le había dicho: “*Recuerda el poder de Galadriel*”

Sin embargo, la parálisis no era una opción, y debía concentrarse en lo que tenía, en aquello que sabía. Tenía la obra de Langland, contenía aspectos autobiográficos, y era a él a quien debía buscar. Hubiera podido dirigirse a Malvern Hills, posible lugar de nacimiento de Langland, pero había ido a Oxford. Supo que su padre era un noble de Shipton-under-Wychwood, al noroeste de Oxford, y si su hijo se dedicaba a escribir, era muy probable que se hubiera educado allí, e incluso que habitualmente gravitara en torno a los polos culturales y eclesiásticos de la ciudad.

También sabía por su obra que, a pesar de los profundos principios morales que estructuraban las creencias de Landgland, no era precisamente un simpatizante de la ortodoxia clerical de la época, por cuanto era especialmente crítico con la corrupción monacal, cuestionaba las indulgencias, el valor del peregrinaje y abogaba por los oficios en lengua vernácula entre otras cosas.

Fuinur se coló en tertulias de tabernas, escuchaba por los pasillos y las aulas de la Universidad, frecuentaba iglesias, visitaba hospitales, recorría calles y fisgaba en cada uno de los “colleges” que circundaban la Universidad. Acabó centrando su atención en John Wycliffe, uno de los profesores de la institución, por sus opiniones críticas con respecto a la Iglesia Católica del siglo XIV. Propugnaba la necesidad de su reforma y la conveniencia de recuperar la pobreza de los primeros tiempos de los apóstoles. Entre las enemistades que se había granjeado, estaba la del propio Papa Gregorio XI, que había ya arremetido contra él quejándose por carta a todas las autoridades eclesiales de Inglaterra, y al mismísimo rey Eduardo III. Con esa comunión ideológica, resultaba bastante plausible que Wycliffe conociera a Langland, y por él descubrir su paradero.

El párroco de la capilla del Merton College deseaba causar una gran impresión, por cuanto recibía a cenar a un invitado insigne, nada menos que al obispo de Lincoln, su ilustrísima John Bokyngham. Había convenido que los novicios Paul y Henry sirvieran la cena y estuvieran permanentemente atentos a cualquier necesidad que su eminencia tuviera a bien solicitar. Inevitablemente entre los temas de conversación no podían faltar el curso de la guerra con Francia, las dificultades del papado una vez vuelta su sede de Aviñón a Roma, y la heterodoxia de Wycliffe y sus prosélitos, tema que exacerbaba particularmente los ánimos de ambos comensales.

- ¡Si es que tienes el enemigo en casa, Edmund! – bramó el obispo, visiblemente alterado. †Oxford se está convirtiendo en un hormiguero de herejes acólitos de ese Wycliffe! ¡Tú, ponme más vino! – ordenó al barbilampiño novicio de cara redonda que tenía a su espalda.
- Tiene razón su ilustrísima. ¡El Santísimo quiera que caiga una plaga bíblica sobre ellos!
- ¡Y me ha llegado que ese presuntuoso y estirado Langland anda a menudo por Oxford dando lecciones y poniéndonos en ridículo!
- ¡Mal rayo lo parta! Es un desgraciado que vende salmos y rezos personalizados para entierros, bautizos y casorios con los que ganarse la vida. Suele frecuentar la iglesia de María Magdalena a la búsqueda de clientes.

La cena transcurrió entre exabruptos y descalificaciones para alivio y descarga emocional de John de Bokyngham y del párroco Edmund, y para escándalo de dos novicios, pero había resultado deliciosa, que es lo que, al fin y al cabo, verdaderamente importaba al anfitrión.

Al día siguiente Fuinur descubrió el nombre de la posada donde se hospedaba Langland en sus visitas a Oxford, por una conversación entre Wycliffe y uno de sus alumnos acerca de plegarias por encargo. ¡Por fin un hilo del que tirar!

Los respetables sillares callaban el testimonio de siglos de creciente erudición, y los adoquines de las calles soportaban estoicamente el envite de la enésima helada, ambos indiferentes a los livianos pero apresurados pasos de una trémula vacilación espacial de entidad incierta, pero tan arraigada en los orígenes del tiempo, como el propio granito que pisaba. Fuinur dobló el recodo para divisar un rubicundo adolescente de cara redonda y sotana blanca saliendo del portal que, como una exhalación, se apresuró a atravesar. Un ahogo intuitivo de desesperación recorrió la escalera que conducía al primer piso. El presentimiento fatal esperaba su confirmación en la segunda estancia a la izquierda, aquella cuya puerta abierta presagiaba el desastre. Un hombre de elevada estatura se encontraba tendido de bruces al lado de una jarra rota y de un charco opaco de vino color rojo cereza.

Fuinur se arrodilló junto a su oído, y puso toda su concentración en lograr que el aire vibrara

- ¡El labrador! ¡El labrador! ¿Dónde? ¿Dónde? ¡Gondolin!– susurró desesperadamente
- William Langland no pudo decir nada y expiró, pero antes de que su consciencia se apagara definitivamente, Fuinur pudo leer en su mente un nombre que se desdibujó en las tinieblas
- Redditch

Fuinur se aferró a aquel insignificante reducto de esperanza, y partió de Oxford en dirección norte por el camino que llevaba a Banbury.

Esta vez tuvo una inspiración. Si buscaba a un labriego, no lo localizaría en un pueblo, por pequeño que fuera, sino en sus alrededores. Y si Pedro sabía leer, debía buscar libros. Así que se dirigió directamente allí donde podría encontrarlos, ¡la Abadía de Bordesley!

El pobre abad, era ya un hombre mayor, por lo que cuando en su celda privada se le materializó una alta figura de un blanco luminoso, creyóse bienaventurado de recibir una aparición angelical

– Busco a un labrador. Sabe leer y escribir. Pedro puede ser su nombre

– No conozco a ningún Pedro... mmm.. pero hace muchos años, un buen muchacho entregaba a nuestra comunidad nabos o remolachas a cambio de tomar prestado algún que otro códice que devolvía el siguiente día de mercado... mmmm... Alvin, se llamaba.

– ¡Alvin!– Se dijo para sus adentros– ¡Alvin! ¡elven! ¡por Eru bendito! ¡tiene que ser él!

– ¿Dónde vive?– Instó apremiante al abad

– En Oakenshaw, creo recordar– moviendo sus pupilas hacia arriba a la izquierda.– Espera, ¿eres Gabriel? ¿eres acaso Miguel?

Pero aquella presencia se había esfumado dejando un halo de misticismo incomprensible en la sobriedad pétreo de una humilde celda de recogimiento.

Sin embargo el regocijo que experimentó Fuinur, estaba destinado a ser efímero y cruel, por cuanto en Oakenshaw todo lo que pudo encontrar fue desolación y ruina. ¡Maldita sombra de Morgoth! ¡Si acaso hubiera podido tener la oportunidad de luchar contra él, como la tuvo Fingolfin! Al menos descargaría su ira en el intento de infligir una sola herida al enemigo del mundo antes del final aciago. Moriría sin tener que soportar la condena del fracaso, el aplastante peso de la esperanza defraudada. Pero no, allí estaba él, un elfo fuera de su tiempo, persiguiendo las oscuras y taimadas transmutaciones de una maldad que ya no ofrecía una identidad personificada, nadie concreto con el que luchar, sino una fantasmagórica inmaterialidad que astutamente crecía gangrenando todo lo que fuera bello, en un éxtasis de corrupción y voracidad ponzoñosa e insaciable de raíces malévolas que crecían con el ansia de pulverizar rocas con su presa, fundamentos que épocas atrás se juzgaron indestructibles y resguardados de toda vileza.

Poco importaba que la manifestación del mal que había acabado con Alvin, Alwin y Brit fuera una bacteria que infectara de neumonía a un tercio de la población Inglesa a mediados de siglo XIV. La peste negra. La muerte negra. ¡Qué más daba si el instrumento vehicular que utilizó fueran pulgas o fueran ratas! La mancha, la mácula del mundo había obtenido su victoria así, como se hubiera valido de cualquier otro camino. Había crecido, indomable, inasequible, incontrolable para una raza debilitada de seguidores de los seguidores.

Con la negrura en su corazón, se arrodilló frente a los restos quemados de la casa al linde del hayedo, y sollozó con la cara hundida entre sus manos. Todo se había volatilizado en humo. Sólo le quedó la derrota por amarga compañera.

Cuatro jóvenes tomaban té en un rincón apartado, pero confortable, de unos almacenes de Birmingham. Les unía aquella amistad que se edifica con la argamasa de la complicidad que entablan los jóvenes post adolescentes que aún no han llegado a cumplir los veinte años. Una complicidad que nace de la empatía forjada a base de compartir experiencias estudiantiles individuales y colectivas, tiempos de exámenes, noches de codos hincados, y, en el caso de esos cuatro amigos, un amor floreciente por la literatura compartido por todos ellos.

El grupito se caracterizaba por una componente adicional a los grupos de amistades de estudiantes, fenómeno por otro lado corriente en la sociedad inglesa de principios de siglo XX, y ese ingrediente añadido era la sensación de que el conjunto de individualidades con características comunes y otras diferenciadas, no compartidas por todos, constituían un ser con identidad propia investido de un poder que superaba ampliamente la suma de habilidades de cada uno de ellos, y que les alimentaba de la ambición de superación individual y de una sensación grupal de indestructibilidad y de que

todo estaba en sus manos para ser alcanzable.

– Aquí se está fenomenal– proclamó satisfecho el del pelo rubio.– En nuestro vagón de tren, no nos viene a molestar ninguna autoridad del colegio.– pues así llamaban a un rincón a modo de reservado que quedaba apartado de la bulliciosa actividad de los almacenes.

– ¡Anda que tienes motivos para quejarte, Chris!– Le espetó uno de cara alargada, con el mentón como de pera invertida.– ¡Será que no hacíamos lo que nos daba la gana en la Biblioteca!

– ¿Biblioteca?– Saltó un tercero con tono sarcástico– Lo dirás porque habían libros, pero más que una biblioteca, ¡aquello era peor que un club de té! Dejémoslo en una leonera y aún me quedo corto.

– ¡Y tan corto!– dijo un cuarto, con una amplia sonrisa– Aquello olía a rancio y a insano.

– ¡Pero cómo no iba a oler mal, si dejábamos los platos con restos de comida por las estanterías!– carcajeó el primero.– Un día Ronnie descubrió un pescado podrido en la estantería de Homero, entre La Ilíada y la Odisea. Probablemente lo dejó allí la misma Penélope.

Las carcajadas fueron ya generales e invadieron de jovialidad la estancia, pugnando por esparcir por galerías contiguas un ápice de fresca contagiosidad.

– Ahora hemos ampliado nuestras siglas de Tea Club en unas enigmáticas TCBS– retomó, Chris – Todo el cole va lleno de cuchicheos y especulaciones sobre quiénes serán los miembros de tan secreta sociedad, y a qué finalidad se dedica.

– ¡Bah! ¡Qué chasco se iban a llevar, si descubren que sólo somos un grupito de empollones! ¡Vamos, de un glamour que tumba para atrás!– dijo el tal Ronnie

– ¿Va en serio eso de montar una representación teatral para el fin de curso?– Preguntó el que inclinado sobre la mesa estaba dibujando a carbón un David de Miguel Ángel

– Estos dos no tendrían problemas en salir y largar una sarta de poemas, uno en godo y el otro en anglosajón y quedarse con la concurrencia. ¿Pero entonces que hacemos tú y yo?– dijo el rubio, refiriéndose a los dos sentados en yuxtaposición al que dibujaba, mientras que con las manos en la nuca se repanchingaba en uno de los dos sillones alrededor de la mesa.– Ni yo les voy a aburrir con una composición para violín, ni tú con una exposición de dibujos de inspiración renacentista.

– Escojamos una obra clásica y hagamos una representación teatral– Interrumpió el de los dos que había levantado la vista de un “Sir Gawain” sacado de la biblioteca del colegio. – Al menos podremos participar los cuatro, y haremos algo más lúdico y divertido para el público que un sesudo debate los cuatro hablando en griego, lo cual sería de una pedantería insoportable.

Acabaron escogiendo La Paz de Aristófanes con la que cayó el telón del curso de 1911 en la King Edward’s School.

– Despierta Fuinur, Gilfanon ha venido a verte.

Afuera la mañana era bella, las hojas en las copas bailaban con la caricia de la brisa matinal, y la misma agua que dudaba en desprenderse de las briznas de hierba de los verdes campos, tocaba su melodía arrulladora con el dulce amalgama de frecuencias que producía su chocar entre las piedras en el lecho del río que visitaba, ondulante, Kortirion, la bella ciudad de elfinesse entre los árboles.

Sin embargo Fuinur no había recuperado la sensibilidad para apreciar el regocijo que habita en la sencillez de la belleza que adorna los pequeños motivos de la vida, y que él se empeñaba en negar, preso de una pesadumbre mórbida que arrastraba por más de cuatrocientos elipses de la Tierra en torno a Anar.

– Alassë’ aurë, Gilfanon. Tu presencia presagia negros augurios y remueve aciagos recuerdos – habló Fuinur sin trazos de reproche, pero con una pátina de amargura.

– No te equivocas, Fuinur, pues una cortina de horror se cierne de nuevo sobre el mundo. Su espesura abarca casi media centuria y su densidad no me deja ver más allá. Temo que la capacidad de destrucción en este ciclo de tenebrosidad pueda alcanzar proporciones cataclísmicas, como nunca se han conocido en Arda desde la Guerra de los Poderes.

– Si tal fuere, ¿qué nos importa ya? El mundo está perdido, y nada podemos hacer por él; y menos nosotros, una raza en el otoño de nuestro tiempo, y olvidada irremisiblemente.

- Quizá el mundo esté perdido, pero ni el más sabio conoce el fin de todos los caminos. En cuanto a la memoria perdida de los elfos, yo te digo, Fuinur, que se ha abierto una nueva esperanza. Necesito de tus servicios en la Tierra Media para que esa nueva llama de esperanza no se apague con la más leve brisa que sople en territorio hostil.
- La llama se apagó por mi culpa hace casi quinientos años. Llegué tarde, fracasé. Los textos se perdieron cuando los aldeanos incendiaron la casa de Alvin, purificándola de la peste después de que la enfermedad se llevara a Alvin y a su vástago, y con ellos, nuestro testimonio. No me pidas ahora que emprenda ninguna loca aventura.
- Algo se debió salvar. No sé cómo ni por cual misterio, pero un humano ha hablado de nosotros, ha escrito un poema titulado “Kortirion, entre los árboles”
Se abrió un silencio profundo, las mentes se perdieron en él y fueron engullidas en forma de un múltiple aleteo insonoro de preguntas no formuladas. El tiempo pareció detener sus pasos para preguntarse si era posible que alguien hubiera burlado su doctrina inexorable y, riéndose de él, le hubiera dejado en el ridículo de zancadillearle con una paradoja en la que en el presente se estuviera creando algo que supuestamente existía desde un pasado muy lejano. Cuando su espíritu se hubo hastiado de deambular por el territorio abierto en una burbuja de atemporalidad, Fuinur volvió a hablar.
- ¿Cómo sabes de la existencia de ese poema?
- Poco importan los detalles. Digamos que la correspondencia personal no es inviolable, y mucho menos si esa correspondencia entra o sale de un campamento militar, en este caso del campamento de Rugeley en Staffordshire. Luego, los censores hablan más de la cuenta, como cualquier otro mortal.
- ¡Pues déjalo que siga escribiendo! ¿Qué problema hay?
- Es muy simple, ya no está ahí. Su cuerpo de fusileros fue movilizad y embarcado. Está en la Tierra Media, participando en la más cruenta de las guerras que han existido. Su vida corre un gran peligro.
- Hablas como si de su vida dependiera nuestra existencia. Como si nos correspondiera con un acto de heroicidad, parar el mundo, desafiar peligros sobrecogedores, y rescatar a la bella doncella de las garras del dragón que la tiene secuestrada. ¡Eso son cuentos para niños! Nuestro tiempo pasó, Gilfanon. No tenemos las riendas del destino. Pasará lo que deba pasar. Ya no quedan grandes héroes que cambien el curso de los acontecimientos, ni yo lo soy, ni lo es tu poeta.
- Olvidas que la esperanza suele renacer de los más débiles, del coraje del más pequeño e inesperado protagonista. Incluso la más pequeña de las personas puede cambiar el curso del futuro. Recuerda a Frodo, ¿qué probabilidades tenía cuando se le indujo a entrar en Mordor? Algo me dice que todavía tú tienes un papel que jugar, sólo que esta vez, en lugar de meter a Frodo en Mordor, es posible que tu rol consista en sacarlo de allí.
- Soy un fracasado, Gilfanon. Fallé, no puedo volver a intentarlo.
- No fallaste. Nunca tuviste una oportunidad. Revisando detalles descubrí que Langland escribió el “Piers Plowman” no antes de 1360. La epidemia de peste se declaró en 1348. Para cuando te envié a la búsqueda del heredero de Eriol, éste ya estaba muerto. ¡Ve, Fuinur, y lleva contigo, con la cabeza muy alta, todo el orgullo intacto de los Eldar!

El gris plomizo de un cielo que ahogaba el anhelo de que otra realidad fuera posible más allá del ciclo infinito de irrealidad surrealista, que por incapacidad de describirse, abreviamos etiquetándolo con la expresión “guerra”, moteábase con los salpicones de globos blancos que dejaban los shrapnels tras explotar y proyectar su carga fragmentaria por los hastiados campos de la Picardía francesa. Nada de la denominación de la región hacía honor al significado de su nombre, ni a cualquier otra cualidad floreada o alegre con la que en otro tiempo soliera adornarse. Los campos exuberantes de verdes y amapolas habían sufrido una metamorfosis atroz cuyo engendro había vomitado un pastizal de barro y podredumbre consustancialmente hermanados en su

indistinguibilidad. La bestia engullía y engullía vidas, regurgitando blandos cuerpos mutilados que enterraban sus obscenas muecas en el fango que mediaba entre zanjas y galerías que separaban uno y otro bando, cuando cualquiera de ellos abandonaba la trinchera en un intento frecuentemente infructuoso de ganar terreno y posición. El frente estaba estabilizado en una línea fija no dibujada que zigzagueaba entre brechas cavadas en la tierra, estas sí reconocibles a vista de pájaro.

Fuinur no podía resultar herido por las granadas, pero sí lo estaba por la degradación ética de una realidad que se oponía a cualquier idea heroica, gloriosa y romántica con la que había crecido al fuego de los leños y al enardecimiento que inspiraban los relatos de las hazañas de poderosos elfos de relucientes armaduras y bellos blasones cabalgando briosos corceles de un blanco impoluto.

Hasta entonces, las batallas apenas habían cambiado en eones en su clásica estructura de batalla campal a espacio abierto, fuera en la mítica edad con espadas y lanzas por armas, o en la más reciente modernidad con fusiles y bayonetas e incorporando el arma de la artillería. Así también había empezado aquella guerra, hasta que la igualdad de fuerzas, las ametralladoras, las granadas de fragmentación, los ataques con gas de cloro y la aviación la convirtieron en una guerra de gusanos bajo tierra. Brechas de medio metro de anchura se extendían como filamentos de longitud y trazo caprichoso a banda y banda de la alambrada tierra de nadie que separaba el frente. A estas trincheras de fuego, se accedía por galerías de paso y comunicación que las unía con la trinchera de apoyo en su retaguardía, y ésta a su vez, enlazaba con la trinchera de reserva, formando la tercera línea en la posición más retrasada.

Recorriendo la tierra arañada del frente, siguiendo el rastro de los fusileros de Lancashire, Fuinur había encontrado a su hombre. El poeta de la TCBS tenía enterrado su inflamado espíritu en el inframundo del desencanto. ¿Dónde quedaba ya el henchido entusiasmo al levantar la bandera de las causas justas? ¿Dónde la lluvia de flores que les había despedido con embriagado entusiasmo en los puertos de embarque? ¿Dónde la alegría de protagonizar el papel principal del gran acontecimiento del presente de la Historia, que marcaría un hito en su nuevo rumbo? Todas aquellas entelequias y fantasías grandilocuentes se disolvieron al menor contacto con el horror y deterioro moral al que puede llegar a ser expuesta el alma humana. No hay nada peor que el envilecimiento de experimentar la borrachera del miedo, la alegría de oír al sonido del aleteo de una granada y saberse aún vivo, la caída repentina del compañero sin instante alguno posible para dedicarle un lamento, el avance nocturno pisando cuerpos que sepultan a otros que debajo se hunden aún más en el barro, y todo en aquel hálito dulzón de la podredumbre mezclado con el acre humo de los explosivos. Así es como Fuinur encontró a Frodo en Mordor, porque en su peor figuración de Mordor nunca Fuinur hubiera imaginado encontrarse algo peor que aquel miasma de desolación y deterioro.

Dentro de este terror, menudeaban momentos hermosos que se procuraba el cerebro para salvaguardar un precario equilibrio, como una taza de té en el abrigo soterrado de paredes de madera, unas horas de escritura, los lazos fuertes de las confidencias y planes compartidos con compañeros de armas. Y en uno de esos paréntesis de relevo a la retaguardia y de descanso, esta vez en la villa de Acheux, el poeta tuvo la mayor de sus recompensas al reencontrarse con su amigo de la TCBS, a quien Fuinur, para sus adentros, decidió llamar Sam.

Fueron días felices para ambos amigos, pues pudieron compartir varios días de aquel agosto entre Acheux y la villa de Bouzincourt, que hacía las funciones de campamento base para las fuerzas británicas en aquella zona del frente. También fue provechoso para Fuinur, quien los pudo estudiar con mayor pausa y detenimiento. Allí supo que R. Gilson, el artista y dibujante del grupo, había caído liderando su pelotón el primer día de la ofensiva inglesa, mientras que el músico y matemático C. Wiseman aparentemente corría menos peligro en la marina.

Inevitablemente hablaron de poesía, de poetas ingleses que convenía leer, como Brooke o Bacon. Se leían composiciones propias el uno al otro, y a menudo Frodo aconsejaba a Sam ideas para hacer mejores sus poemas. Sin embargo, era imposible evitar que la guerra no acudiera a menudo al primer plano de sus temas de conversación. Aquel mes y medio escaso que llevaban en el frente se había prolongado infinitamente en el tiempo para dar cabida a amplios espacios de aburrimiento, duros trabajos de logística e intendencia en retaguardia, y noches en vela en las trincheras a causa

de guardias, alarmas, revistas de oficiales, y mucha mugre y barro acumulado. Evitaban hablar de la cara de la muerte a la que tan diáfananamente habían conocido, quizá para exorcizar la no exteriorizada convicción de que la probabilidad de no sobrevivir a aquel trance era demasiado alta. Mientras caminaban por las calles de Bouzincourt, Fuinur los acompañaba ensimismado en sus pensamientos de impotencia. Se sentía absolutamente insignificante, apenas un suspiro inmaterial, una molécula elemental de óxido de hidrógeno arrastrada por un tsunami de fatalidad de fuerza hercúlea y de destino inmutable. No es que imaginara la mínima esperanza por alterar el curso de la guerra, y menos el de la Historia, sino que no tenía ni la más remota idea de alguna posible forma de proteger a Frodo. Sam le caía bien, sentía una enorme piedad por él y hubiera querido envolverle con el mismo manto de invulnerabilidad que infructuosamente se esforzaba en vislumbrar para Frodo. De sus cavilaciones le sacó la estridencia de una alarma antiaérea a la que siguieron los iniciales estallidos de las primeras bombas que llovieron sobre Bouzincourt. Los dos amigos corrieron hacia la trampilla que en el huerto adyacente a la pequeña iglesia comunicaba con el refugio antiaéreo más cercano, lo hicieron con el tiempo justo para desaparecer bajo ella, y evitar ser barridos por la metralla. Fuinur, por el contrario, se quedó inmóvil en el centro de la plaza para ocultar entre el estruendo de las explosiones su llanto de impotencia.

Aquel paréntesis de encuentro fraternal tuvo el fin de la separación que las llamadas de la comandancia de reincorporación a sus unidades quisieron poner. Los destinos de ambos batallones no iban a ser muy distantes entre sí, y puesto que los periodos en la trinchera avanzada de fuego no solían sobrepasar los cuatro días antes de que un nuevo reemplazo relevara la tropa de vanguardia, Fuinur decidió visitar periódicamente a Sam, cuando Frodo estuviera relativamente seguro en retaguardia.

En una de las vigilancias, mientras Sam se acurrucaba estirado sobre el fango, Fuinur captó un instante de iluminada resolución en forma de idea alocada. Era peligroso, evaluó probabilidades, y se jugó su carta. Sólo era un pequeño salto, un salto insignificante de algo insignificante.

Sólo habían pasado unas pocas semanas que transcurrieron como siglos. Fuinur no sabía aún como cuidar de Frodo, pues la rueda de la rutina de relevos en la primera línea y descansos en retaguardia se repetía incansablemente e indefinidamente como el giro de una noria en la jaula de un hámster, sin que nada nada pareciera avanzar en un sentido u en otro. Fuinur también se encontraba atascado. Frodo tenía una mente cultivada y estructurada, nada permeable a una influencia tan intrusiva como la de implantar en ella una idea de autolesión. No conseguía influir en él o en circunstancia exterior alguna que desencadenara ningún hecho cuya conclusión terminara en una retirada definitiva del frente y posterior repatriación.

Al menos Sam, había enfermado y vuelto a casa, con lo que Frodo ocupaba todos sus denuedos. ¿Habría tenido éxito con Sam? Nunca sabría con certeza si el soplo de su voluntad habría intercedido en que acabara saliendo cara, en lugar de cruz, o todo se debió al voluble azar, o quizá a la inexorable firmeza de un destino escrito. ¡Si al menos Frodo también enfermara! ¡O quizá fuera herido lo misericordiosamente grave como para ser declarado inútil para luchar!

Fuinur no encontró la solución, pero la Sombra sí que encontró a Frodo. Y lo hizo de forma taimada, indirecta y cobarde. Oportunidades tuvo de hacerlo de frente, por la bayoneta de un infante alemán, por el certero disparo de un francotirador apostado en su trinchera, por la ráfaga de un nido de ametralladoras, o por los cascos de una mina esférica. Ni de frente, ni en el frente, sino paseando tranquilamente por un pueblecito francés en la retaguardia, aparentemente fuera de peligro, pero alcanzado en el brazo y en la pierna por la metralla de una granada perdida. Lo atendieron en el hospital militar de campaña, pero no pudieron impedir que muriera de gangrena.

Un velo de rabia cayó sobre la consciencia de Fuinur. Invadido y atenazado de una sensación demasiado conocida y agravada por la ley del eterno retorno en el fracaso. Saboreó de nuevo la hiel de la derrota del punto final, mientras crecía en él la ineludible certeza del eterno olvido para los de su raza. Gilfanon había sido un iluso en la creencia contra toda esperanza, un viejo elfo protagonista

de una batalla anacrónica en Gondolin cuyo recuerdo se diluiría en la nada de una ignorancia obscena.

Vagabundó sin propósito alguno por campamentos y trincheras, por bosques humeantes de árboles quebrados, por las calles de Bouzincourt, como quien quisiera rastrear qué fuera de esa chispa que iluminara aquellos días bienaventurados unos meses atrás. Prolongó su deambular con el propósito de postergar su retorno a Kortirion, como queriendo evitar la aceptación del fin que la vuelta significaba. Así pues, revisitó las estancias que habían conocido los últimos días de Frodo, acariciando con su mirada sus posesiones, la pequeña fotografía de su amada, sus poemas, su correspondencia...y allí encontró la redacción de una carta sin ensobrar. La desdobló y leyó, y conforme leyó, un estallido de clarividencia alumbró su espíritu. De pronto lo vio todo claro. La insignificancia de una rata, la insignificancia del salto de un piojo, pequeños actores involuntarios que habían sido en el pasado vehiculados por la voluntad del mal incorpóreo para extender la peste del siglo XIV, le habían proporcionado paradójicamente ahora una victoria pírrica, pues Fuinur había ya aprendido que las victorias totales no existen, que las derrotas nunca son definitivas, que la más grande de las victorias es efímera y que la más devastadora de las derrotas nunca es insuperable.

La esperanza vivía en Inglaterra, y se recuperaba de la fiebre de las trincheras que transmitía el piojo humano.

El mar del norte azotaba inclementemente la cubierta del barco de guerra de la “navy” británica molesto por la intrusión de semejantes peleles insolentes y fatuos, irreverentes ante la magnificencia del reino de las aguas. La noche era oscura, fría y displicente.

Christopher Wiseman estaba recostado en su camarote ojeando su correspondencia a la media luz fluctuante de los bandazos del casco que proyectaban sombras temblorosas por la espartana estancia. Tardó en advertir una aglutinación de blanco que dispersaba la sombra a los pies del camastro. Una figura sobria de largos cabellos que caían por la espalda y los hombros por encima de una túnica blanca bordada en hilo de plata le extendió una palma de la mano hacia adelante, como gesto universal utilizado para infundir calma y serenidad.

– Usted es amigo de John Ronald Reuel Tolkien. Lo sé. Atiéndame un momento.

– Yo...sí ¿pero quién es usted? ¿cómo ha entrado aquí?– balbuceó con una mezcla de temor e incredulidad.

– Tranquilícese. Eso no importa. No le voy a hacer ningún daño. Pero es preciso que le haga llegar este mensaje. Es de G.B. Smith, su amigo común.

– No entiendo...– Tartamudeó

– Usted es un buen hombre. Lo puedo ver. Quiere a ese tal Tolkien, y él también le quiere. Cuídelo y preocúpese por él. Usted va a tener una larga vida, como él. Acompáñelo en la presencia y desde la distancia, se lo agradecerá utilizando su nombre para un noble detalle, del mismo modo que desde ahora yo utilizaré el suyo como muestra de eterno agradecimiento. Ahora debo irme. Nunca revele lo que aquí ha sucedido, le tomarían por loco – y dejó el sobre en la mesita.

El mar rugía con ira, y en una entre tantas andanadas reunió suficiente inquina como para sacudir violentamente el casco lateral del barco provocando un súbito vaivén que irremediablemente tornó en vigilia el descanso de Wiseman. A pesar del frío, se incorporó sudando, con una extraña sensación de inverosimilitud de lo que había soñado, pero con la gran claridad de aquellos sueños que se viven con alta sensación de realidad. Pero se tranquilizó, era un sueño al fin y al cabo, aunque la sensación de paz fue tan efímera como el tiempo que tardó en ver un sobre sobre la mesita.

Lo abrió, y sus ojos se deslizaron ansiosos hacia abajo a la firma, y al párrafo que la precedía:

“Que Dios te bendiga, querido John Ronald, y que digas las cosas que yo intentaba decir cuando yo no esté para decirlas, si ésa es mi suerte.

Siempre tuyo,

G.B. Smith”

Y con el último sonido de la voz de Ingolmo, se hizo un silencio emocionado en toda la Sala de los Leños. La respiración contenida ocupó largos compases de magia anonadada que las jóvenes hadas que habían escuchado aquel relato, con sus rostros iluminados y boquiabiertos, no osaban interrumpir.

Fue Lossë quien al final rompió el encanto.

– ¿Cuánto de verdad, y cuánto de poesía hay en ese relato, Ingolmo? Me refiero a que todas las bonitas historias tienen en mayor o menor medida cierta cantidad de adornos para embellecerlas al ser contadas

– No es más ni menos real que la historia de “Beren y Lúthien”, te lo aseguro. Sin embargo esa te la crees ¿verdad?

– Con respecto a Beren todavía no sé si era elfo u hombre, eso y alguna otra cosa más, así que imagina si no tendré dudas sobre lo que acabas de contar.

– Mañana te llevaré de excursión a un lugar, y me podrás preguntar lo que quieras. A ver si te puedo ayudar a que veas y entiendas todo con claridad.

Al día siguiente, Lossë despertó con la misma sensación de excitación ansiosa que la que sienten los niños humanos el día de Navidad o el de los Reyes Magos.

Ingolmo la estaba esperando.

– He pensado que será mejor tomar el camino largo, servirá mejor a nuestro propósito.

– ¿Te refieres a como lo harían los hombres?

– Sí, compartiremos trayecto con ellos, aunque no advertirán nuestra presencia.

Se desplazaron a Evesham, y subieron a un tren que hacía el trayecto de Hereford a Londres Paddington. Lossë permaneció hipnotizada por la refracción de la luz oblicua del sol sobre los verdes de la campiña inglesa, estimulando su visión a través de la ventanilla. Más tarde, su mente despertó de su letargo para ocuparse de la diversidad de caras, edades, vestimentas y movimientos de los viajeros que ocupaban el vagón. Señores de porte respetable leyendo el periódico, jóvenes hablando solos sujetando un menudo aparato junto a su redondeada oreja, otros con un aparato similar pero no en la oreja, sino que mirando la luz que desprendía y ejercitando extrañas digitaciones sobre el foco que emitía la luz de colores ¡Qué raros eran los Hildor!

– ¿Puedo preguntar ya sobre cosas que me bailan por la cabeza de la historia que contaste ayer?

– Venga, dispara. Pero sólo una o dos preguntas. Preferiría llegar a nuestro destino para que preguntes todo lo que se te ocurra.

– ¿Entregó ese Wiseman el mensaje a ese Tolkien?

– ¡Oh, sí, por supuesto que lo hizo! Aunque no directamente. Lo ensobró y lo envió por correo como si el remitente fuera G.B. Smith, pues en el fondo es lo que Smith querría haber hecho, enviar una carta desde el frente. Pero lo que también hizo Wiseman fue enviarle una carta a Tolkien apremiándole a que empezara a escribir su epopeya.

– ¿Y Fuinur? No hay ningún Fuinur en Kortirion, y no he oído de ninguno con ese nombre en toda Tol Eressëa

– Mmmm...¿y quién te dice que conoces a todos los habitantes de Tol Eressëa? Podría vivir con nuestros hermanos más al Oeste... ¡Mira, Oxford! Bajamos aquí.

A Lossë la respuesta le olía un poco a cuerno quemado, pero no tuvo más remedio que apresurarse a seguir a Ingolmo para bajarse del tren.

La ciudad respiraba bienvenida, las piedras solemnidad y sabiduría. Caminaban bajo la sonrisa de joyas arquitectónicas. Quizá no fuera tan bella como Kortirion entre los árboles, pero rezumaba la misma placidez, y los mismos olores a prados húmedos y a leña dulce. Ingolmo avanzaba con la seguridad y soltura como si conociera las calles de Oxford tan bien como las de Tavrobel. Sin apenas sensación de haber recorrido un buen trecho, llegaron a Magdalen Street donde subieron a un autobús. Enfilaron un tramo largo sin ninguna curva cerrada que los alejó de la ciudad, y a los diez minutos Ingolmo le hizo un gesto a Lossë para bajarse en la parada.

A la izquierda de la carretera de Banbury donde les había dejado el bus, se abría un ramal señalado como “Five Mile Drive”, pero no fue por ahí el camino que tomó Ingolmo, sino que un poco más

adelante, a la izquierda también, les saludo una verja de hierro abierta, con un cartelito azul que rezaba “Wolvercote Cemetery” y donde estaban anotados los horarios de apertura y cierre. Franqueando la entrada, un camino asfaltado escoltado por un cuidado seto y vigilado por altos abetos, se adentraba en el amplio cementerio. Al rato encontraron una capilla en el centro del camino, y doblando a la izquierda, recorrieron un corto tramo para enfilarse luego a la derecha un largo que les adentró en la zona cristiana. Ingolmo se detuvo ante una lápida discreta de granito gris claro pero abundantemente floreada en su base. Lossë leyó:

EDITH MARY TOLKIEN
LUTHIEN

JOHN RONALD
REUEL TOLKIEN
BEREN

- Luego Beren era hombre, Eru le concedió el don de la mortalidad de los Atani. ¿Pero entonces Tolkien es Beren?– preguntó, Lossë confundida.
- Debes aprender a ver más allá de las apariencias. Entre otras cosas, la historia de Beren y Lúthien representa el amor más allá de la muerte, la convicción en la compañía eterna más allá de las estancias de Mandos. Tolkien no es Beren, ni Beren es Tolkien, pero ninguno hubiera sido lo que es, sin la existencia del otro.
- Pero los elfos existiríamos igualmente, tanto si Tolkien hubiera escrito sobre nosotros, como si no.
- ¿De qué serviría existir si nadie se acordara de nosotros? Afortunadamente escribió sobre los elfos, y ahí estamos para los que quieran vernos como un referente de belleza, de sabiduría, de respeto a la naturaleza y de amor a las cosas verdaderas e importantes de la vida. La existencia real se mide por la capacidad de influir en la realidad, poco importa que seamos o no invisibles a la Humanidad. El solo referente para que alguien respete un árbol en lugar de comportarse como un orco con él, habrá justificado nuestra existencia. Hay valores que representamos que son inmutables a lo largo de las épocas, desde antes de la Primera Edad hasta la Séptima actual, y lo seguirán siendo en el futuro mientras el mundo sea mundo, pues están ligados a él. Inmortales como nosotros, mientras Arda siga siendo Arda.

EPÍLOGO

Sábado, 29/4/1972

Se escucharon dos timbrazos en el número 21 de Merton Street. Un hombre ya mayor, con la cara ancha y algún mechón escaso que se aferraba al color paja que en otro tiempo se ufanaba en aquella cabeza de porte socrático, esperó pacientemente en la puerta a que su viejo amigo asomara a la tibia tarde primaveral de Oxford.

Apareció la misma cara alargada de siempre y aquella sonrisa jovial de la cual pendía su muy británica pipa de tabaco.

- ¡Christopher! ¡Santo Dios, cuanto tiempo!
- ¡Ronald! ¿Cómo estás?
- Bien, bien...a pesar de todo. Ya sabes que siempre he tenido facilidad para hacer nuevas amistades. Y además, aquí me tratan muy bien. Anda, demos un paseo. La tarde invita, y a este maldito lumbago ¡que le zurzan!

Al poco tiempo habían recorrido un tramo de la High St. hasta doblar a la derecha por Turl St., Cuando hubieron cruzando la Market St. encauzados en la estrecha calle entre solemnes edificios de ventanales góticos, Ronald Tolkien hizo una parada para contemplar a la derecha el sobrio portal de recias puertas de madera del Exeter College. ¡Quién sabe qué recuerdos de juventud pasaron en

aquel momento por su cabeza! Siguieron caminando hasta torcer a la izquierda por Broad St. donde les saludó la amplia verja de la entrada del Trinity College, y los amplios muros del Balliol College siguieron con su discreta mirada los pasos que paulatinamente se alejaron hasta doblar en la esquina por Magdalen St. la cual enfilaron, dejando nuevamente a la derecha la iglesia de María Magdalena. Tolkien sabía muy bien hacia donde conducía a Wiseman, por cuanto a continuación de Magdalen St acabaron recorriendo Saint Giles St. hasta alcanzar el número 49 y entrar en el “Eagle & Child”

- Perdona, Chris, por el cuarto de hora de caminata, pero no todos los días recibo visitas de viejos amigos que me sirvan como excusa para acercarme hasta aquí. Un té, ¿verdad?
 - Un té, ¿cómo no? Escucha Ronald, siento lo de Edith, no sé si te lo había dicho ya.
 - Gracias Chris. Es un gran vacío que procuro llenar con mis hijos, mis nietos, mi hermano... Hace poco que lo he ido a ver a Evesham. Está genial, sigue siendo todo un Sam.
- Dejaron palidecer la tarde recordando anécdotas y vivencias en Birmingham, las discusiones literarias, alguna representación dramática, y obviaron remover recuerdos amargos de la guerra. Sólo que tras un destello fugaz en la memoria de Wiseman se le ocurrió una pregunta.
- Ronald, ¿cómo sería mi apellido en la lengua aquella que inventaste?
 - ¿Cuál de ellas Chris? Diría que me he pasado la vida con esta loca afición mía.
 - La de los elfos. La alta lengua de los elfos del oeste.
 - Mmmm... Wiseman, Wiseman...mmm....Ingolmo, supongo. ¿Por qué lo preguntas?
 - Déjalo. Una tontería que se me ha pasado por la cabeza.

FIN